

Domingo de la Pasión del Señor (de Ramos)

10 de abril de 2022

Mario Michiaki Yamanouchi,
Obispo de la Diócesis de Saitama

Hermanos:

Hoy celebramos el Domingo de la Pasión del Señor o de la llamada tradicionalmente, el Domingo de Ramos, que centra nuestra atención sobre la última entrada de Jesús a la ciudad de Jerusalén acompañado por sus discípulos y rodeado por un grupo bastante numeroso de gente. Luego con la lectura de la pasión del Señor según el evangelio de Lucas que hemos escuchado tenemos una visión general de todo lo que ocurrirá a Jesús lo largo de esta Semana Santa hasta su muerte en la cruz.

En la misa el sacerdote se viste con la casulla roja para destacar la sangre martirial que Jesús derramó en su pasión, desde los azotes recibidos por orden de Pilatos hasta la crucifixión en la colina del Gólgota.

Bendición de ramos

Al inicio de la celebración de hoy, hemos tenido la bendición de los ramos de olivos. Para quienes no hayan podido participar en esta misa, por la restricción de número por el coronavirus u otros motivos, estarán los ramos bendecidos en las Iglesias para que lo puedan llevar y dejarlo en un lugar visible en el interior de sus casas.

Normalmente, después de la bendición de los ramos se hace una pequeña procesión desde fuera de la Iglesia hasta el altar, este año también, por la disposición higiénica ante el coronavirus, no hemos podido realizar esta procesión.

Y en cuanto al evangelio que relata la entrada de Jesús en Jerusalén corresponde este año, ciclo C, el evangelio según san Lucas. Pero voy a tratar de describir algunos detalles de esta entrada de Jesús en Jerusalén, teniendo en cuenta también a los otros evangelistas. Así, creo que nos ayudará a tener una visión más completa de este acontecimiento que está muy grabado en cada uno de nosotros. Para esta meditación me dejaré guiar con lo que el Papa Benedicto XVI estudió, meditó y escribió en su libro Jesús de Nazaret en la tercera sección : “Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección” (Ediciones Encuentro, Madrid 2018).

Lectura del evangelio (Lucas 19.28-40): Entrada en Jerusalén

¿Cuántas pascuas celebró Jesús desde que inició su vida pública?

El evangelio de Juan refiere que Jesús celebró tres fiestas de Pascua durante el tiempo de su vida pública: una primera en relación con la purificación del templo (Juan

2.13-25); otra con ocasión de la multiplicación de los panes (Jn 6.4) ; y, finalmente, en la Pascua de la muerte y resurrección (Jn 12.1;13.1), que se ha convertido en “su” gran Pascua, en la cual se funda la fiesta cristiana, la Pascua de los cristianos.

En cambio, los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) han transmitido información solamente de una Pascua: la de la cruz y la resurrección. Y Lucas, subraya aún más, describiendo el camino de Jesús como un único subir en peregrinación desde Galilea hasta Jerusalén.

Subida de Galilea hacia Jerusalén para entregar su vida

Esta “subida” es ante todo en sentido geográfico: el mar de Galilea está aproximadamente a 200 metros bajo el nivel del mar, mientras que la altura media de Jerusalén es de 760 metros sobre el nivel del mar. Como peldaños de esta subida, cada uno de los sinópticos nos ha transmitido tres profecías de Jesús sobre su Pasión, aludiendo con ello también a la subida interior, que se va desarrollando a lo largo del camino exterior : el ir caminando hacia el Templo como lugar donde Dios quiso “establecer” su nombre, su morada, como se describe en el libro del Deuteronomio (Dt 12.11;14.23).

La última meta de esta “subida” de Jesús es la entrega de sí mismo en la cruz, una entrega que reemplaza los sacrificios antiguos de animales; es la subida que la carta a los Hebreos califica como un ascender, no ya a una tienda hecho por mano de hombre, sino al cielo mismo, es decir, a la presencia de Dios (Hb 9.24). Esta ascensión hasta la presencia de Dios pasa por la cruz, es la subida hacia el “amor extremo” (Jn. 13.1), que es la verdadera morada de Dios.

La meta inmediata de la peregrinación de Jesús es Jerusalén, la Ciudad Santa con su Templo y la “Pascua de los judíos”, como la llama Juan (2.13). Jesús se había puesto en camino junto con los Doce, pero poco a poco se fue uniendo a ellos un grupo creciente de peregrinos; Mateo y Marcos nos dicen que, ya al salir de Jericó, había una “gran muchedumbre” que seguía a Jesús (Mt 20.29; Mc 10.46).

Curación de un mendigo ciego: Bartimeo (Mc 10.46-52)

En este último tramo del recorrido hay un episodio que aumenta la expectación por lo que está a punto de ocurrir, y pone a Jesús de un modo nuevo en el centro de la atención de quienes lo acompañan. Un mendigo ciego, llamado Bartimeo, está sentado junto al camino. Se entera de que entre los peregrinos está Jesús y entonces se pone a gritar sin cesar : “Hijo de David, Jesús ten compasión de mí” (Mc 10.47). En vano tratan de tranquilizarlo y, al final, Jesús le invita a que se acerque. A su súplica, “Rabbuní, ¡que yo

pueda ver!”, Jesús le contesta : “Anda , tu fe te ha curado”.

Bartimeo recobró la vista “ y le seguía por el camino”. Una vez que ya podía ver, se unió a la peregrinación hacia Jerusalén (Mc 10.52). De repente, el tema “David”, con su esperanza mesiánica, se apoderó de la muchedumbre: este Jesús con el que iban de camino ¿no será acaso verdaderamente el nuevo David? Con su entrada en la Ciudad Santa,¿no habría llegado la hora en que Él restablezca el reino de David?

Los preparativos de la subida : el borrico que sube Jesús

Los preparativos que Jesús dispone con sus discípulos hacen crecer esta expectativa. Jesús llega al Monte de los Olivos desde Betfagé y Betania, por donde se esperaba la entrada del Mesías. Manda por delante a dos discípulos, diciéndoles que encontrarían un borrico atado, un pollino, que nadie había montado. Tienen que desatarlo y llevárselo; si alguien les pregunta el por qué, han de responder: “El Señor lo necesita” (Mc 11.3; Lc 19.31). Los discípulos encuentran el borrico, se les pregunta, como estaba previsto, por el derecho que tienen para llevárselo, responde como se les había ordenado y cumplen con el encargo recibido. Así, Jesús entra en la ciudad montado en un borrico prestado, que inmediatamente después devolverá a su dueño.

Cuando se lleva el borrico a Jesús, ocurre algo inesperado: los discípulos echan sus mantos encima del borrico; mientras Mateo (21.7) y Marcos (11.7) dicen simplemente que “Jesús se montó”, Lucas escribe: “Y le ayudaron a montar”(Lc 19.35). Es la expresión usada en el primer libro de los Reyes cuando narra el acceso de Salomón al trono de David, su padre, quien lo hace montar sobre su propio burro para que vaya donde está el profeta Natán que lo ungirá como nuevo rey de Israel (1 Re 1.33s).

Los peregrinos que han venido con Jesús a Jerusalén se dejan contagiar por el entusiasmo de los discípulos; ahora alfombran con sus manos el camino por donde pasa. Cortan ramas de los árboles y gritan palabras del Salmo 118, palabras de oración de la liturgia de los peregrinos de Israel que en sus labios se convierten en una proclamación mesiánica: “¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!” (Mc 11.9s; Salmo 118.25s).

Que a lo largo de esta semana llamada “Santa”, continuemos cada uno leyendo y meditando el relato de la última semana de Jesús hasta su muerte. Y nos unamos a todos los que sufren, a causa de las violencias y guerras, especialmente con los hermanos ucranianos cuyo territorio ha sido arrasado por los misiles y tanques rusos y varios millones han tenido que buscar refugio en países vecinos. Ante esta pasión que

sufre el mundo, unámonos ante todo en solidaridad con la oración y dispongámonos acogerlos en nuestras comunidades en la medida que ellos lleguen a Japón.